

GEORGES SIMENON

LA CASA
DEL CANAL

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE JAVIER ALBIÑANA

BARCELONA 2012



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *La maison du canal*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© LA MAISON DU CANAL © 1933 by Georges Simenon Limited,
todos los derechos reservados
«La casa del canal» © 2012 by Georges Simenon Limited,
todos los derechos reservados
GEORGES SIMENON ® F. Simenon.tn, todos los derechos reservados
© de la traducción, 2006 by Javier Albiñana Serain
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
© de esta edición, 2012 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (1985)

ISBN: 978-84-15689-12-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 27 903-2012

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2012*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

De entre la multitud de viajeros que discurría atropelladamente hacia la salida, ella era la única que no se apresuraba. Con la bolsa de viaje en la mano, erguida la cabeza bajo el velo de luto, aguardó su turno para alargar el billete al empleado y, a continuación, echó a andar.

Cuando tomó el tren en Bruselas, eran las seis de la mañana y en la oscuridad caía una lluvia densa y helada. También el compartimiento de tercera estaba mojado, mojado el suelo bajo los pies embarrados, mojadas las paredes por un vaho viscoso, y los cristales, mojados por dentro y por fuera. En el interior dormitaba gente con la ropa mojada.

A las ocho, apenas llegaron a Hasselt, apagaron las luces del tren y las de la estación. En las salas de espera, chorreaban hilillos de agua de los paraguas, que olían a seda empapada. En torno a las estufas había gente secándose, y casi todos vestían de negro, como Edmée. ¿Era casualidad? ¿Lo advirtió ella porque iba de luto riguroso? ¿No era el negro el uniforme de la gente del campo?

«12 DE DICIEMBRE»: la sorprendió la cifra, que estaba escrita junto a una ventanilla en gruesos caracteres negros.

Fuera, la lluvia repiqueteaba, la gente corría, en todas las puertas se veían siluetas que se habían refugiado y las nubes oscurecían a tal punto el cielo que las tiendas tenían las luces encendidas.

Enfrente mismo de la estación, en medio de la calle, había un gran tranvía interurbano, pintado de verde y negro. En un letrero se leía «MAESEYCK», pueblo por el que Edmée tenía que pasar para ir a Neeroeteren.

Sin preguntar nada a nadie, entró en el primer coche, que

estaba separado en dos partes por un tabique acristalado. En un lado, las banquetas eran de madera y el suelo estaba cubierto de colillas y de esputos; en el otro, había cojines de terciopelo rojo y moqueta.

Edmée se mostró indecisa, abrió la puerta de la primera clase, se sentó en un extremo, muy erguida, y se alzó el velo de gasa que le cubría el rostro. Era muy delgada, muy pálida, con el aspecto anémico propio de las muchachas de dieciséis años. Llevaba el pelo trenzado y recogido en un moño apretado en la nuca.

Transcurrió media hora. Subía gente a segunda clase, sobre todo campesinas cargadas con cestas. Hablaban flamenco alzando la voz, como suelen hacer los flamencos. A ratos, tras dirigir una mirada a Edmée, que estaba sola tras los cristales, una mujer cuchicheaba moviendo la cabeza con un gesto compasivo, y otras miradas se clavaban en la joven.

La máquina silbó. El tren recorrió las calles de la pequeña ciudad aún somnolienta. Las luces de los vagones se encendieron, tal vez por azar, y ya no las apagaron durante el resto del viaje.

La lluvia, el velo de Edmée, los gruesos chales negros de las comadres, el agua que goteaba en el suelo y en las banquetas, todo se fundía en una grisura lúgubre. La tierra labrada de la campiña era oscura, las casas de ladrillo, de un color pardo sucio. Atravesaron la cuenca hullera de Limburgo y al adentrarse en la zona de los caseríos de mineros fueron desfilando los escoriales.

Era un viejo tren que hacía que los pasajeros se zarandearan y movieran la cabeza sin querer. Edmée también. A veces las mujeres intercambiaban unas palabras. A través del tabique no se oía nada, pero se veía la expresión desolada de los rostros, las bocas que se abrían para exhalar un

suspiro y las miradas vacías que, después de cada conversación, quedaban fijas en el vaho de los cristales.

Entró el revisor en el vagón de primera, se dirigió en flamenco a Edmée, que sin mirarlo y mientras alargaba el dinero se limitó a decir:

—¡Maeseyck!

El empleado aún añadió algo más, pero ella volvió la cabeza. El tren se detenía en casi todos los pueblos, a veces incluso en cruces de caminos donde no había ninguna casa. Acudía gente, las mujeres se recogían las faldas, risueñas y jadeantes, y había que ayudarlas a encaramarse al estribo. La corneta del revisor lanzaba un ridículo bramido de juguete de niño. La máquina silbaba.

A eso de las once, unas campesinas abrieron sus cestas y sacaron de ellas sus vituallas. A las dos, llegaron a Maeseyck, donde el tren se detuvo junto a un convoy exactamente igual, salvo que tenía un coche menos y en él aparecía escrito «NEEROETEREN».

Edmée no se informó de la hora de la salida, no miró a su alrededor, no dirigió la palabra a nadie. Como había hecho en Hasselt, se acomodó en un rincón del compartimiento, mientras la mayoría de los viajeros entraban en la cantina, donde podía vérselos sentados a una mesa ante una taza de café caliente.

El nuevo tren no se puso en marcha hasta las tres y media. Caía ya el crepúsculo. Atravesaron unos bosques y un canal muy recto, tan recto y largo que resultaba obsesivo. Ya había anochecido cuando, en el centro de un pueblo, el revisor gritó:

—¡Neeroeteren!

Edmée se apeó y permaneció inmóvil en medio de la calle, frente a una tienda de comestibles cuyo rótulo estaba escrito en flamenco. Algunas personas se acercaban al tren,

otras se besaban o se alejaban. Pero nadie le prestaba atención. Entonces Edmée fue a resguardarse de la lluvia en el umbral de la tienda y dejó la bolsa en los escalones.

El tren arrancó. La calle fue quedándose desierta. En la penumbra, junto a unas casas de una sola planta, había un caballo gris de gran tamaño enganchado a una carreta de ruedas altas. Desde un punto impreciso del tiro, de repente se destacó sin hacer ruido una figura achaparrada, cuelllicorta, pero con una enorme cabeza tocada con una boina empapada y unos brazos larguísimos que se balanceaban con torpeza.

Aquella criatura calzaba zuecos y vestía ropa de campesino. En dos ocasiones pasó junto a Edmée sin mirarla, hasta que de pronto, deteniéndose a dos pasos del umbral, farfulló:

—¿Es usted la que viene a Las Irrigaciones?

—Sí.

—Yo soy Jef.

Dijo eso sin atreverse a mirarla y sin saber si debía coger la bolsa de viaje o no.

—¿Tiene coche?

—Tengo el carro.

Luego, bruscamente, se decidió a levantar la bolsa, se encaminó a toda prisa hacia la carreta de ruedas altas y calmó al caballo, que ya empezaba a impacientarse.

—¿Podrá subir sola?

Edmée lo había seguido, distante y tiesa como lo había estado durante todo el día. Él metió la bolsa en la carreta y se volvió, sin saber cómo tender la mano.

—Creo que se va a ensuciar.

Edmée subió de un salto y se agachó para meterse bajo la capota. Un instante después, él, sentado a su lado, asió las riendas y azuzó al caballo diciéndole algo en flamenco.

Todavía se vieron dos o tres luces, y ya luego nada salvo los abetos oscuros a ambos lados del camino. Soplaban viento. La capota se hinchaba y dejaba pasar la lluvia, que entraba también por unos boquetes, como si hubiera grifos.

Edmée no veía a su vecino. Tan sólo había una luz mortecina colgada de un varal del coche y que proyectaba en el barro un disco oscilante.

—¿No tiene frío?

—No, gracias.

No era una carretera, sino un camino sin asfaltar con rodadas tan profundas que Jef tuvo que bajar dos veces y empujar los radios de las ruedas para ayudar al caballo. Hacía frío. Edmée tenía escalofríos que la hacían estremecerse hasta los huesos. Pero, sobre todo, el trayecto se hacía largo, más largo que todo el día que había pasado en el tren.

—¿Falta mucho?

—Hace un cuarto de hora que estamos en nuestras tierras.

Tras los bosques de abetos, apareció un llano bajo, recorrido en rectángulos por grupos de álamos. Después el camino trepó un poco y cruzaron el canal que Edmée ya había visto. Discurría más alto que los prados, contenido por diques de tierra, y en uno de los extremos había una gabarra.

—¿No tiene hambre? ¿Habla flamenco?

—No.

—Lástima...—El hombre guardó silencio durante unos minutos—. Porque mi madre y mis dos hermanas pequeñas no saben francés.

En un momento dado, una sacudida de la carreta empujó a Edmée contra el hombro de su primo, pero enseguida se enderezó con un gesto angustiado.

—¡Es allí!

En el llano se veía una lucecilla entre los rectángulos de

álamos. Provenía de una ventana en la primera planta. Al acercarse, se entrevieron sombras tras las cortinas. La carreta se detuvo rechinando ante una puerta.

—La acompaño. Siempre se entra por el corral.

Y, dejando que el caballo se dirigiera solo hacia la cuadra, Jef se internó en un camino, a lo largo de un seto con el que se arañó Edmée al pasar. No veía nada. Cuando él abrió la puerta, Edmée apenas acertó a distinguir un resplandor rojizo. En ese mismo instante una mujer flaca y enjuta, presa de una loca agitación, se arrojó sobre ella, la estrechó entre sus brazos y la mojó con sus lágrimas mientras le gritaba en flamenco.

Edmée no decía nada y permanecía erguida; por encima del hombro de la mujer entreveía una cocina tan sólo iluminada por el fuego del hogar. En distintos lugares, se vislumbraban figuras menudas, niñas, sentadas en taburetes, que miraban fijamente hacia delante o que lloraban.

Edmée trabó conocimiento con aquel olor: un fuerte olor a leche agria, a tocino y a leña.

Por fin la mujer la soltó y ahora se abrazaba a Jef, balbuciendo las mismas frases de desesperación. La puerta permanecía abierta. La noche arrojaba ráfagas de lluvia dentro de la cocina. Un leño se vino abajo.

—¡Papá!...—murmuró el muchacho de la cabeza grande, mirando aturdido hacia delante. A continuación, sin volverse hacia su prima, añadió—: ¡Papá ha muerto! Justo en el momento en que llegaba usted...

Durante tres días vivieron en medio del desorden, del barro y de las corrientes de aire de aquella casa desquiciada en la que sólo Edmée se mantenía tranquila y distante, observándolo todo.

No había conocido a su tío en vida, y en su lecho de muerte lo miró con curiosidad y la sorprendieron sus largos mostachos pelirrojos. En la cámara mortuoria conoció a Fred, el mayor de sus primos. Se notaba que había llorado. Sólo le iluminaban unas velas, cuya luz oscilante contribuía a deformar su fisonomía de labios gruesos, cabellos tupidos, rebeldes al peine y pegajosos a causa del fijador.

Fred tenía veintiún años. Jef, el que había traído a su prima a Las Irrigaciones, diecinueve. Tenían una hermana de diecisiete años, Mia, que estaba abajo dando de comer a las niñas, pues había tres chiquillas más, la más joven de las cuales tenía cinco años.

La madre, por su parte, deambulaba de un lugar a otro, tan pronto iba con Mia como con Jef. No lloraba; se lamentaba con voz monótona y en flamenco, y seguía haciendo las mismas confidencias desesperadas a Edmée sin reparar en que ésta no la entendía.

Desde un principio, Edmée evitó este tipo de efusiones. Por más que sus primas la miraran con timidez y curiosidad a la vez, no les dirigió la palabra. Tenía hambre y sed, pero no pidió nada de comer, y hasta las ocho de la noche no se tomó un tazón de sopa.

La muerte del tío había sido accidental. Ocho días atrás, una vaca a la que hacía tiempo pensaban sacrificar le había dado una cornada en el muslo. La herida no había sido profunda. Estuvo cojeando durante tres días, y luego se metió en la cama.

Cuando por fin llamaron al médico, era demasiado tarde. La gangrena se había extendido por todo el cuerpo.

Edmée ya no lo conocería. Pero quedaban todos los demás, con quienes viviría en lo sucesivo y a quienes observaba con mirada muy poco cordial.

Su madre había muerto durante el parto. Su padre, que

ejercía de médico en Bruselas, tras haberla mimado durante dieciséis años, también acababa de fallecer. Como Edmée era pobre, su tutor decidió enviarla a casa del tío de Neroeteren, como lo llamaban en familia, un tío a quien nunca había visto y que era dueño de cientos de hectáreas en Campine.

La familia del tío rebullía a su alrededor, lloraban, todos se agitaban como hormigas a las que acaban de destruirles el hormiguero. ¿Por qué no encendían las luces? Aquella semioscuridad que todo lo diluía y hacía que las pupilas se dilataran para poder vislumbrar a las personas en la penumbra era lo que más opresivo resultaba.

Sólo el despacho se hallaba iluminado por una lámpara de petróleo cubierta con una pantalla rosa. Allí, al indefinible olor de la casa se sumaban el tufo a pipa y a tinta violeta. El primo Fred, el mayor, se había instalado ante el escritorio con aire aplicado y comenzó a redactar telegramas. De vez en cuando entreabría la puerta para preguntar un dato a su madre o a su hermano.

Jef partió en plena noche con la carreta, y Edmée observó que se metía en los bolsillos unas patatas que había asado bajo la ceniza y que todavía humeaban. Mía acostó a las niñas, se dirigió hacia Edmée y le dijo con aire ceremonioso:

—Prima, ¿quiere que le enseñe su habitación?

Una estancia iluminada por una vela, con el techo inclinado y una cama muy alta, cubierta con un edredón demasiado grueso. Durante la noche, siguieron oyéndose ruidos en la casa. Edmée oyó regresar la carreta. Cuando se levantó, había gente abajo a la que no conocía. Destacaba sobre todo un hombre muy alto, muy robusto y muy tranquilo, de unos cincuenta años, que era más distinguido que los otros. Fred le habló en flamenco, y el hombre se quedó mirando a Edmée.